

Introducción

Andrew Murray Scott

Ni siquiera después de su muerte en 1984, Alexander Trocchi, el autor de *El libro de Caín*, pudo descansar en paz —sus cenizas desaparecieron misteriosamente— y, tiempo después, muchos de sus escritos ardieron en un incendio cuya causa se desconoce, al igual que el propio *Libro de Caín* fue quemado en 1963 por orden del juez. De modo que los restos de Trocchi no están en ningún sitio o lo están en todos. Es extrañamente apropiado como final. O como principio...

Durante muchos años el *establishment* literario le hizo el vacío a Trocchi. Se le consideró un peligroso anarquista, alguien que de pronto puede empezar a inyectarse heroína en público, o hacer el amor con la mujer de otra persona en el sofá. O iniciar una revolución. O algo igualmente inesperado y vergonzoso. Al mismo tiempo fue ignorado por algunos escoceses a causa de los intercambios de titulares con Hugh MacDiarmid en el Festival de Edimburgo en 1962. MacDiarmid, del cual difícilmente podría decirse que pertenecía al *establishment*, no había leído ni una palabra del trabajo de Trocchi, pero en un enunciado etílico lo echó por tierra (a él y a William Burroughs) como «escoria cosmopolita».

Cuando Trocchi recibió una beca para escritores por valor de 500 libras del Arts Council en 1970, cosa que lo rescató de una considerable deuda, los tabloides calificaron aquello en sus portadas como «Dinero para yonquis» y «Calderilla para drogas». Pero la notoriedad de Trocchi como heroinómano con veinticinco

años de adicción no debería oscurecer la versatilidad y calidad de su talento literario. Siendo editor de *Merlin*, la influyente revista parisina cuatrimestral (1952-1955), entre sus amigos se encontraban Henry Miller, Samuel Beckett, Robert Creeley, Eugene Ionesco y Pablo Neruda.

Trocchi fue el más destacado escritor británico de la era *beat*, el primer «profeta de la permisividad», líder del *underground* cultural y exponente de primer orden en muchos de los acontecimientos culturales durante los sesenta y setenta, incluyendo el proyecto Sigma y el movimiento antiuniversidad de Londres. Sacrificó su propia obra literaria entre 1963 y 1977 por Sigma; un «movimiento» iconoclasta y difuso, incluso para los estándares de los sesenta. En los cincuenta había sido una prominente figura de los círculos literarios expatriados de París, el único miembro británico de la Internacional Situacionista, y uno de los fundadores de la comunidad Beat en Venice West en California.

Sin embargo, lo primero y más importante es que fue un brillante novelista, cuyas novelas exploraron y en última instancia rechazaron las reglas elementales de la escritura novelesca, y las convenciones asociadas a la construcción de un «producto» literario. De sus primeros días en la Universidad de Glasgow, donde había sido descrito como «un estudiante de genio manifiesto», fue a todas horas un innovador, escandaloso, más grande que la vida.

Esta colección de escritos incluye algunos ensayos publicados y relatos cortos, así como ficción anteriormente inédita. Trocchi ha dejado un trabajo de calidad. La antología ha sido reunida de forma paralela a mi biografía completa (*Alexander Trocchi: The Making of the Monster*, Polygon, 1991) para dar a conocer mejor el trabajo de uno de los talentos de Escocia más meritorios. Aunque siga publicándose su novela *El libro de Caín* —descrita por Edwin Morgan y otros como una de las veinte mejores novelas escocesas—, al igual que *Young Adam* y *Sappho of Lesbos*, el grueso del material de esta recopilación resultará novedoso incluso para aquellos que ya conozcan la docena de libros o así que Trocchi publicó en vida.

Beckett quizá fuese la mayor influencia en su escritura, si bien mientras Beckett se desplazaba hacia el interior, casi más allá

de la esfera del lenguaje, Trocchi atrapó al auténtico «intruso» de Beckett o la posición existencialista e iba al exterior hasta que su lienzo abarcó la totalidad de la situación política de Occidente. Su compromiso con el cambio social se concentraba en socavar los modelos fijos de pensamiento, que, creía él, estaban limitados por los términos de la expresión de sus propias conciencias. Todo el trabajo de Trocchi contiene elementos de rechazo al status quo; los *establishments* políticos y morales; lo que Trocchi llamó la «tita (o abuelita) Grundy» o la «patizamba de Grundy».¹ Esto es muy sutil ya que lo disimula mediante la narrativa o la trama, donde las certidumbres esperadas son arrolladas por elementos de nihilismo. Se refería a sí mismo en sus notas como «un corruptor de los buenos», y un subversivo cultural, cuyo ánimo era socavar todos los prejuicios, formas aceptadas, tradiciones y estereotipos, si bien R.D. Laing no fue el único que lo recuerda como un «contrarrevolucionario ultraconservador», y un «utopista romántico».

La primera sección de la antología abre con episodios de una novela autobiográfica inédita que tiene lugar en Glasgow en la que describe su infancia y primeros romances, y en donde su propio personaje se llama «Nicolas». Su hermano mayor Jack y su primo Victor aparecen bajo sus nombres reales. El mayor de los tres hermanos, Alfred, murió en la isla de Man en 1971. Jo Christie, su mejor amigo en los días de estudiante en Hillhead High School (y Gatehouse of Fleet, de donde fueron evacuados en los primeros días de la guerra), era en la vida real Cecil Strachan, y aunque los homólogos reales de Mollie, Isobel y Sylvia se desconocen, su primera mujer Betty o Elizabeth a menudo recibe su nombre auténtico, aunque también aparece como «Judith». En los dos relatos y la pieza de prosa que sigue, «Nicolas» vive en una casa de campo de Garronhead cerca de Balfron en Campsie Fells y en un apartamento de Glasgow con Betty. Hasta aquí, tenemos un recuerdo razonablemente preciso de la vida temprana de Trocchi y su primer matrimonio. El relato «Peter Pierce», escrito más tarde en París, también tiene lugar en un entorno escocés y ha sido considerado

¹ En la cultura inglesa, la señora Grundy constituye un personaje imaginario que representa los valores tradicionales. (*N. del T.*)

como su mejor relato. Prefigura el ánimo de *Young Adam*, la novela que empezó en 1948 en Garronhead y que los críticos comparan con Camus y Chejov.

La segunda sección introduce a un nuevo personaje, James Fidler, un auxiliar administrativo de mediana edad bastante deprimido y sin ningún glamour, con el que Trocchi pudo referir temas con un menor vínculo directo a su propia vida. De unas seis novelas inéditas, ésta tal vez sea la más convencional en términos estilísticos, a la vez que traiciona la influencia de James Joyce y George Orwell. Los relatos «El encuentro», «El ron y el pelicano» y «Eileen Lanelly» originalmente fueron fragmentos de la novela. La historia «El hombre sagrado» expone la influencia de Beckett en Paris, donde vivió de 1950 a 1955. Fue considerado por Beckett como su protegido y ambos se hicieron amigos. La historia tiene una estructura similar a *Esperando a Godot*, y «El hombre sagrado», al igual que *Godot*, nunca aparece. El «prefacio al volumen 5 de las memorias de Frank Harris» revela el éxito de su reescritura satírica —un «trabajo de odio», como más tarde describiría—; una broma sobre un escritor cuyo estilo literario o falta del mismo deploraba. La carta a Beckett cuenta un leve enfriamiento de su relación que siguió a las quejas de Beckett sobre un texto aparecido en *Merlin*. El extracto que sigue, las primeras páginas de la novela *Young Adam*, sitúa el escenario de la obra y muestra la habilidad con que Trocchi manipulaba la descripción naturalista dentro de una narrativa existencialista. La acción es precisa y detallada, aunque sea narrada por un observador —casi un *voyeur*— imparcial, lejano aunque nunca desapasionado. Muchos reseñistas describieron la novela como la más accesible de la obra de Trocchi, y es tanto un *thriller* de asesinato, un ataque al sistema jurídico y la pena capital británicos, y un retrato de la soledad y el aislamiento y del *hipster* —personaje-narrador— protagonista.

La tercera sección comienza con «Un ser de distancias», un relato en donde «Christopher», otro de los álter egos del autor, mide las distancias, tanto geográficas como emocionales, entre él mismo y su padre. Partes de la historia vuelven en *El libro de Caín*, la «novela» o manifiesto con autobiografía que le llevó seis años escribir y que absorbió buena parte de su temprana producción

de ficción breve. «Wolfe», una pieza de escritura maravillosamente descriptiva muestra a Trocchi, el yonqui de Greenwich Village, haciendo un largo viaje en metro al Bronx en busca de heroína. Fue un viaje que acabó en arresto y prisión, otra vez, en «Las Tumbas» —las celdas del New York Police Department. «Jody» es un extracto de *El libro de Caín* que describe el escenario de la droga de Greenwich Village en donde Trocchi participó. Sus perspicacia con los motivos y comportamientos de los drogadictos hacen de ésta una de las mejores piezas de escritura para abordar el entorno. Su ensayo sobre George Orwell, originalmente publicado en *Evergreen Review* pronto fue muy valorado por los estudiantes de literatura inglesa en América dada su brevedad y originalidad. Su correspondencia con Terry Southern, un amigo *hipster* de los días de París, es escandalosa y divertida. Southern es un novelista de éxito y un guionista de cine, y aunque ambos estaban, a mitad de de los cincuenta, deseando producir en cadena novelas de porno blando para Olympia Press, ambos compartieron una conspiración para revolucionar la novela literaria y fueron camaradas de armas contra el *establishment* durante la escritura de *El libro de Caín*.

La cuarta parte de la antología muestra a Trocchi instalado en Londres, luego de haber escapado por poco del FBI y de una sentencia de muerte. Está casado con Lyn, su segunda mujer, y tiene dos hijos, Nicolas y Marcus. Los dos ensayos, «Insurrección invisible» y «Sigma: un anteproyecto táctico» son posiblemente sus obras de no ficción más conocidas y reimpresas. Su calidad visionaria y la extravagancia de su estilo literario, que fusiona el tono de escritores decadentes como De Quincey y Coleridge con la vanguardia «post-beat» más moderna, implica que fueron muy imitados y extremadamente influyentes. «El yonqui: ¿peligro público o chivo expiatorio?», primeramente publicado en la revista *Ink* en 1970, expone con claridad sus opiniones sobre la droga. Pero tuvo que pagar un precio por haber estado tanto tiempo en la vanguardia de la revolución cultural y vivirla a diario; las «Notas de un diario de una cura, 1965» y «Cómo llegué a desear dejarlo» y «Tío Hamlet, bien entrado en la madurez...» revelan la profundidad de su agotamiento. Literalmente había «cometido

una especie de harakiri espiritual», y pensaba que no tenía nada más que contar. El último fragmento, escrito como carta de Nochebuena a Sally Child, es melancólico, casi como si fuese consciente, ya en 1978 —más de cinco años antes de su fallecimiento— de que nunca terminaría su gran libro. Desde entonces estuvo buscando un «fin plausible». Espero que esta selección anime a los lectores a seguir buceando en la obra de Trocchi, y que el interés público se manifieste en la reimpresión de sus novelas. Su escritura, como su extraordinaria vida, siempre es apasionante. Y merece la pena.

La insurrección invisible de un millón de mentes

Alexander Trocchi

Primera parte

«Alexander Trocchi nació en Glasgow el 30 de julio de 1925. Su familia tenía parientes importantes en el Vaticano, pero Alfredo, su padre, que había sido un concertista de piano y líder de una banda, acabó sin poder trabajar a causa de una artritis. La vida pronto se convirtió en una lucha para mantener una apariencia respetable...»

Páginas de una autobiografía

Marchita ahora. La gentileza perdida de otro siglo. Una calle de casas viejas, respetable con su emplazamiento al oeste de la ciudad. Una calle de empleados de banca, agentes de seguros, comerciantes. Las mujeres en la calle: cansadas, refinadas, solemnes, pobres. Maridos, por uno u otro motivo, no lo bastante poco convincentes. En conversación sus desagradables pecados. Una cuestión de rumores y la frase inacabada, porque fuera de sus respectivas casas ellos eran hombres pulcros, dandis, corteses en el diálogo. Y ningún hombre sin cuello. Con el paso de los años las caras de las mujeres más jóvenes se volvían más vacías, sus lenguas más afiladas, los labios menos rojos y suaves. La ruina de los rostros de las mujeres en una calle de hombres sorprendidos e indignados. Para un extraño, la calle daría una sensación de paz. Abajo una procesión de días tristes, afligidos por la respetabilidad de un pequeño ingreso...

Las casas eran de piedra gris.

La nuestra era una casa independiente. Se entraba por nuestro propio jardín, una pequeña parcela de hirsuto césped que nunca fue verde, cercado por un seto de ligustro apenas denso, o por la entrada de atrás. Mi padre estaba muy orgulloso. ¡Comparado con el apartamento de su hermano! Igualmente detrás había un césped que compartíamos con la gente de arriba. El césped no crecía del todo. Se redujo a un parche de escabrosa tierra negra a causa de los pies de los niños. Era una de las aspiraciones de mi madre, sembrar allí. Cada invierno hablaba de plantar y nos avisaba de que cuando lo hiciese, no podríamos estropearlo con nuestros

pies. Por alguna u otra razón nunca sacó tiempo para ello. Se contentaba con plantar capuchinas en el jardín delantero. Florecían desordenadamente durante algunas semanas de verano. Y ella esperaba ansiosa esas semanas y el aspecto de las lágrimas de Salomón que crecían en los escalones delanteros junto a una vieja concha de mar.

Siguiendo instrucciones de mi padre, sólo los adultos de la casa podían usar la entrada delantera. A los niños, incluso los de los «huéspedes de pago» y comerciantes, se les pedía acceder por la calle. Cuando mi hermano mayor dejó la escuela y entró a una oficina, insistió en que era su derecho como asalariado pasar por la puerta delantera y que sus amigos pudieran buscarlo desde ella. Se lo permitieron. Conforme crecíamos y el dominio de mi padre se volvió menos seguro, este sistema de privilegios por castas fue una de las primeras cosas en desaparecer.

Llegamos a esta calle en mi primer año de colegio. Mi primo Victor me guiaba por los arriates, y él fue el primero que me llevó más abajo de las Mansiones Caledonias a las lomas del río Kelvin. Su primer amor fue la hija del jefe de Kelvinbridge Station. Una pequeña niña delgada con el pelo en forma de campanilla. Me la mostró una tarde de verano mientras ella permanecía a la entrada de la estación con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas tras la espalda contra la pared. Allí permanecía sola con un corto vestido estampado.

*Vielleicht sind¹
deine Fransen glücklich für dich,
oder über den jungen
prallen Brusten die grüne metallene Seide
fühlt sich unendlich verwöhnt und entbehrt nichts.*

Y entonces ella empezó a botar una pelota contra la pared de ladrillo de la estación. La vimos por el término del edificio, y

¹ «Quizá son tus flecos felices para ti, o sobre los jóvenes y firmes senos se siente infinitamente consentida la seda metálica y nada le falta». Rilke, *Elegía Duinense No. 5*.

cuando parecía que yo iba a darle una voz, él se puso rojo y me apartó. Un día, dijo, iba a hablar con ella. Nunca lo hizo.

El año era 1931.

Uníamos fragmentos de porcelana alegremente coloreada. Abalorios y joyería artificial que separábamos según sus distintos valores. Coleccionábamos mármoles de cristal. Rojos con delicados tendones púrpuras y blancos. Todo en una bola de cristal. Guardábamos sellos extranjeros. Pero eran los modelos más coloridos, los más extraños y vívidos, lo que nos entusiasmaba. Los sellos de Egipto, de Persia y de Zanzíbar.

Llegó el invierno. Y con él la quebradiza música del tiempo. Los reptantes dedos de escarcha y de niebla. Las casas eran más oscuras. La cinta celeste crecía más afilada, más amarilla. Flotaba sobre la helada calle cual ominosa sombra de murciélago. Apenas nos dejaban salir una hora para el té.

En las mañanas, el sol parecía haber perdido todo su poder. Tan insignificante como una lente óptica. Y la niebla nos pegaba en las narices y respirar parecía difícil. Entonces no correteábamos tanto. Nuestras gargantas se secaban más rápido, y carecía del aire limpio con que saciarlas. Hasta las piedras parecían más duras. El viento cortaba como una guadaña. No fue hasta que llegó la nieve en enero que la muerte se disipó entre nosotros y el aire y las ramas sin hojas de los árboles parecían moverse otra vez con vida. Y entonces las campanillas de invierno y el primer azafrán. Una escasa joya de brizna. Delicada como el párpado de una mujer. Envuelta en nieve aún. El verde de las hojas como filos de espada que se abren paso a la existencia. El sol creciendo esplendoroso. Una enorme esfera de ámbar de vida y de poder y de dicha. ¡Mami! ¡Mami! Vi un azafrán hoy... púrpura y amarillo y quise traerlo a casa para ti mami pero no quise traerlo porque no lo querías en la cocina ¿no, mami? La nieve empezaba a fundirse y una nueva tierra se desvelaba. Una tierra que radiaba plumas de sonido y de color, implicadas en el misterio del crecimiento y la respiración. El color de los edificios había cambiado de negro a gris otra vez, y el aire estaba vivo con las risas de las chicas en sus nuevos vestidos y sus sandalias de cuero.

Había una diosa en nuestra calle.

No puedo recordar su nombre. Pero debía ser Jasmine o Isis o Miraldoq. Al principio ella era una chica. Siempre rodeada de niños mayores en el barrio. No jugaba con el resto de chicas. Salía cada tarde y se quedaba mirando en una calle. Pronto los chicos mayores (que debían tener como diez años más que yo) dejaron sus juegos y se unieron a ella. El resto de las chicas la odiaban. Una sacerdotisa con un cortejo de sacerdotes menores en su estela. Un día dejó la escuela y se marchó a trabajar. Durante una semana no la vimos. Y entonces una noche cuando apareció resultó que la transformación había tenido lugar. Llevaba zapatos de suela alta, medias de seda muy transparentes, y su cuerpo, con su marcado contorno, era maduro como una rosa roja.

Ella siempre había sido desdeñosa. Ahora era la diosa inalcanzable de algún lejano planeta, la dueña de la luna. Su fría belleza se clavaba en el asfalto cual jabalina. Una repentina presencia de brujería. Frenética. Nacida de las piedras.

Un silencio se cernió sobre nosotros. Miramos. Lentamente, avergonzados. Volvimos a nuestros juegos. Ningún chico se atrevió a dirigirse a ella.

Pero en su lugar fue ella la que vino. Eligió una víctima y se puso a hablar con él. Pronto el juego se detuvo y se vio rodeada. Siguiéndola, llegamos a una calle. Encendió un cigarrillo, y apoyada contra el muro habló con una voz suave a los chicos mayores que la rodeaban. Me abrí paso entre la multitud hasta que estuve muy cerca de ella, hasta que estuve envuelto por el excitante y extraño olor de su maquillaje y sus prendas. Entonces la escuché decir: «¡Saca a esos críos de aquí!». La primera vez me sentí como un perro paria.

Como al cabo de una semana, un coche deportivo empezó a llamar a su casa.

Cada tarde echábamos un ojo a sus hermosas piernas mientras ella entraba al automóvil. Según se marchaba el coche, ella no miraba a ningún sitio. La seguíamos con nuestros ojos hasta perderse de vista.

Octubre llegó. Y Halloween, cuando nos vestíamos de piratas y llevábamos dagas y sables y linternas de calabaza a modo de sonrientes calaveras. Íbamos de puerta en puerta pidiendo peniques. Sujetos a la agonía de cantar en habitaciones iluminadas frente a chicas de nuestra edad. Ruborizándonos bajo nuestro dramático maquillaje; a veces, olvidándonos de la recompensa por nuestros esfuerzos, tratando de escapar a la humillación. Un padre que ríe bloquea nuestro camino. Nos somete otra vez a la cruel diversión de sus hijas que ríen nerviosas. Extrayendo hasta la última vergonzosa gota de sangre de nosotros. A veces manzanas, nueces, algunos peniques; seis, si la degradación había sido suficiente. De las manos de una chica guapa de nuestra edad. Quizá su padre creyese que volveríamos pasados veinte años. Que su hija necesitaba práctica para tocar «Lady Bountiful». ¿Quién sabe? Quizá nosotros también...

¡Noviembre, noviembre; recordad, recordad; recordad el 5 de noviembre! ¡Pólvora, traición y conspiración! Guy Fawkes quemado sobre un pedazo de tierra yerma, chillando cual piel roja y arrojando petardos, demonios y cohetes a las llamas. Luego, con el fuego ya apagado y las brasas ennegreciendo lentamente, eludíamos el fresco zigzag del último petardo.

Nochebuena. El olor de la carne picada y los bollos. La cocina toda cubierta de azúcar y especias y nueces. El olor del jamón hervido, de la carne enharinada, blanca y desplumada del pavo en el aparador. De la chimenea de la cocina afanosamente alimentada hasta la rojez. ¿Cuándo los dulces, mami? En un pis pas, cuando termine con el horno. No seas impaciente, querido. Él se retorció sobre su talón, apartándose, la nariz en línea con el aparador. Mirando la gran ave. Puso su dedo en la carne correosa. Con la uña raspó una de las pequeñas espinillas de la piel. No hagas eso, Nicolas. Romperás la piel. ¿Por qué no vas con Christie y sus soldados y cuando vuelvas me ayudas con los dulces? Él frunció el ceño. Quería llevarle algunos dulces. Puedes llevarlos mañana, querido. Puedes cogerlos en algún momento de la mañana. Persistió y dijo: ¿Cuánto estarás? Vuelve como pasadas las ocho y media, dijo. Tienes que estar en la cama a las nueve y media. Mañana por la noche te quedarás hasta tarde.

Cuando estaba en la cama se dormía oyendo el Ejército de Salvación. Afuera en la calle tocaban «Oh Santa Noche»; quería dormirse deprisa...

De nuevo el desplazamiento del año hacia su nacimiento, una fantasía roja y blanca de miedo y vergüenza y diversión. La espiral rosa de gusanos. Verdes mechas de flores. El anónimo rostro de un mendigo. Manchado con un bulto azul y el dolor en los ojos, huecos y rasgados como postes de sombra en las cuencas vacías de una calavera. Arrastrándose por las esquinas. Vacilando al límite del sexo y su frescamente pálida perfección. Leda. El cisne retorcido en la cacareante masa azul marengo de un martillo neumático que desportilla la superficie de las rocas. Desesperado. Histérico. Con polvo y ruido como plumas. La negra dureza de la calle para un amante. La lujuria de los metales. La curvatura de una uña; entre la fisura de las viejas cortinas brocadas dejó la noche entrar con su seno de seda verde. Le preguntó cuándo saldrían. Cuándo le dejaría poner la miel en sus labios y sentir la suave fragancia de su polen. Ella entró por una cuña de tela y se apartó de él en una bruma de objetos y sonidos flotantes. Enrollándose cual nido de serpientes multicolor. Y luego apagándose como el pulcro descenso de la guillotina. Él estaba solo y la noche era negra y nada más. Ni siquiera una cabeza de alfiler de luz para romper su peso. Se volvió a dormir cuando oyó los pasos de su madre en el pasillo.

Por la mañana y todas las mañanas le desmoralizaban por la hostilidad de las cosas. La estrella de mar y las pequeñitas unidades de sensación en forma de media luna se marcharon. Nada sino el día y las horas de escuela y la filosa mañana como una tachuela. Al colegio con su cartera de cuero y su resentimiento minúsculo. La úlcera bucal de sí mismo. Odiaba el olor de las clases.

Era su indecisión lo que le daba miedo. Los gestos rotos. Los mediomovimientos desgarbados. El deseo de simetría. Simetría de la certeza como música de Wagner. Como un águila agazapada y colgada del cielo. Como el dardo de los peces. Ir más allá del primer paso. O el comienzo de una sonrisa. La inmensa vacilación congelada como el agua subiendo en una cisterna. Ominosamente verde. Creciendo internamente. La fractura repentina de

la continuidad de uno; el inesperado espasmo del giro inacabado. ¿Has mirado al ojo de un pájaro? Como la bola de un abalorio. La visión rota por el miedo. Elegante. Trémula. Como el pistilo de una lila. Con la humedad sobre ella. Una suave y tibia savia de sílfide; sabes que está viva.

No sabía lo que él mismo significaba, pero sí que significaba algo, algo como hojas y colores y titilantes astillas de cristal, como el sol tropical y la luna cual queso amarillo maduro; un conocimiento espectral. El ruido de las abejas se lo dijo. Un zumbido de certidumbre daba vueltas todo el día por el jardín de flores. Pero aquello era cuando estaba solo, con una soledad primitiva en forma de pino al norte.

Principalmente fue la violencia de los colores. Los pequeños nidos de corrupción. Las hojas de flores que peleaban por la existencia al pie de los edificios en una cáscara de tierra seca, negra como el hollín, tan ácida como el hedor de las fundiciones de metal. Motitas de sorpresa en el ciego armatoste muerto de la calle. Colores más que voces u olores. Marfil, alabastro, rosa, ultramarino, turquesa, violeta, dorado, topacio, esmeralda, ciánico. La irisación dramática de las cosas. La electrización en mitad de las chimeneas, verjas de hierro, vendedores, automóviles, alcantariillas, hediondez. Un jardín de incesto en la Casa de Dios.

Incluso entonces se sentía diferente. No podría imaginarme creciendo y rodeándome en este negocio de la vida en el que todos los miembros de mi familia eran respetables fracasos. Todo, es decir, salvo el tío Anthony que estaba entre Prince Charming y el viejo Nick, un jefe espiritual que rechazaba considerar la vida como cualquier otro asunto. Para él la vida era amor y peligro. Para él ninguna vida se salva cuando las espadas restallan o cuando veía el movimiento plateado de un muslo en la oscuridad. ¡Por dios, Papiols, es ahí cuando el vino sabe bien! Pero todo esto es inventado. Nunca vi al Tío Anthony. Quizá nunca existió si no en mi imaginación. Pero no importa. Con él el aire estaba vivo. Creció como un tumor en las piedras. Su veneno eran flores y luz del sol y diversión.

A veces me sentaba solo en la bodega al término del jardín de atrás preguntándome qué haría cuando dejase la escuela. Encendía

una vela y veía los puntos gemelos de la llama amarilla como si se balancease como una lengua de serpiente. Haciendo viva la pared. La bodega estaba cubierta de silencio, un silencio sacrificial tal que podría no experimentar en ningún otro sitio, nacido del ladrillo en descomposición, un silencio que vivía en la oscuridad, en la fabulosa textura naranja de las paredes. Para mi horror descubrí que no estaba interesado en hacer nada. No quería ser un granjero o un ingeniero o un abogado o un doctor. A veces lo pretendí. Pero incluso entonces no tenía ambición a menos que fuese para ser primer ministro o Dios Todopoderoso o algo de ese calibre. Y porque sabía que cualquier cosa así simplemente describiría los límites de mi servidumbre. Más tarde, cuando llegué a entender lo que significaba ser primer ministro, decidí que aquella carrera probablemente fuese menos apta para mi naturaleza que cualquier otra. Siempre nervioso ante las bobas opiniones de los más bajos denominadores comunes representados por sindicatos, parlamentos e instituciones así. Solo la autocracia de Dios se recuerda inmaculada por el restrictivo contagio de la masa. Lamentablemente esta ambición no me proveyó con una respuesta a las amables preguntas de mis parientes. A la pregunta: ¿Qué quieres ser cuando crezcas?, difícilmente podía haber contestado, ah, pues voy a ser Dios; no lo habrían entendido...

En la bodega había vuelto otra vez a los primitivos orígenes de la vida, a la primigenia primavera en donde su ego echó raíces. La llama de la vela latiendo en el centro de la vieja mesa era en sí misma un centro desde cuyo imán radiaba tentáculos verdes de luz. Las arterias del cosmos. La llama era tan extraña y misteriosa como una salamandra. Le fascinaba. Poseía la extraña oblicuidad de un ojo, no un ojo humano, el ojo de un ídolo javanés. Una despótica diosa cruel cuya carne estaba escamada en oro y plata, cuyas extremidades se movían con la sutileza de una pitón. Era una llama pálida. Fosforescente como el fantasma de una rosa. Profética como el labio de Tiresias. A menudo se miraba a sí mismo sobre un montón de cera viscosa, azul por un instante antes de que chisporrotease por última vez. Y entonces encendía otra vela o abría la puerta de la bodega y dejaba entrar una pared de luz.

En verano podía mirar el sol ponerse desde donde estuviera sentado. Como si el aire que durante el día había estado compuesto de un elemento —un aire azul, fresco y radiante— empezase a descomponerse como leche cortada. Su carne era más brillante, menos azul. Contenía largos filamentos como manguantes islas de rojo. La sangre corría a los estuarios. Luego, cuando el sol había desaparecido, todo lo que quedaba de este misterioso cambio químico en la atmósfera fueron dos sombras grises —un fuego extinguido—, el gris de su carne y el gris más oscuro de las cicatrices donde la sangre había fluido. Cuando pensaba en el cielo, por supuesto, estaba pensando en aquel fragmento que era visible entre los bloques de la vecindad. El espacio no era tan reducido como tenía que haber sido porque entre el bloque en que ellos vivían y el siguiente había dos secciones de patio trasero y un césped. Por este césped pasaba el camión de la basura cada mañana para recoger los desperdicios de los dos bloques de viviendas. A veces se sentaba solo en la bodega con la puerta abierta o cerrada, dependiendo de su humor. En el invierno cerraba la puerta y se encerraba. Solo en invierno cuando afuera estaba oscuro por las tardes y ninguna luz se filtraba por las rendijas de las viejas paredes estaba lo suficientemente oscuro dentro para que la llama de la vela dominase totalmente el interior. En verano los rayos de luz verde que generaba se interrumpían y desintegraban por postes de blanca y polvorienta luz solar entrando por las rendijas. Por tanto durante el verano nunca podía creer en el poder absoluto de la llama. No podía absorber el misterio auténtico de sus verdes filamentos. La llama en sí misma era un ojo mate. Casi insignificante. Y aunque estaba solo, no estaba solo en el mundo, porque en verano el mundo se extendía por los palos de luz solar más allá de las paredes de la bodega.

No estaba solo en el mundo. Nicolas miró el crucifijo. El Cristo de latón era mate, verdoso por las esquinas. Pensar en Judith. No poder imaginar su rostro. Me digo a mí mismo: tenía ojos verdes. Era muy hermosa. Pero son abstracciones. Nada que hacer con las mujeres de verdad con las que me he casado. Esta mujer no es ni un recuerdo. Casi puedo ver el puente colgante. Puedo recordarlo.

Con Judith es distinto. Poseo un conjunto de palabras que tal vez le aplicase en el pasado cuando estaba ahí al otro lado de la habitación o durmiendo a mi lado con la carne del cuello desprotegida. Repito ahora estas palabras. Pero ya no tienen sentido. Generalizaciones vacías. Signos significando nada. Las podría aplicar a esta mujer o a aquello otro o a la fotografía de una actriz en el periódico. Si yo digo: el mar es verde, igualmente carece de sentido. Nunca puedo traer hacia mí la negra sacudida del mar auténtico. Recuerdo todo el rato en una especie de delirio adjetival.

El tío Anthony se convirtió para mí en el símbolo de la aventura. Comparado con él, mis otros tíos no eran más que los respetables trajes sobre los que caminaban. Prosaicos indeseables con una torpe memoria. A ellos los recuerdo venir a casa y tomar asiento en un sillón con las piernas cruzadas y calcetines con motivos de relojes. Sí, tomarían otra taza de té. Media taza porque el tiempo vuela y tengo que irme: ¿oíste eso de la señora Derwentwater? Un catarro, sabes. ¿Qué es eso? ¿Qué dijiste? ¿Qué le pasa a su sarro?, puaj. ¡Ah, catarro! Menos comprometido. Sí, tomaré otra cucharada. La van a operar. Quitar su nariz. Cortarla. Mucho más higiénico. Bueno tengo que irme, tengo que irme, tengo que irme...

Los años pasaron mientras las hojas y la lluvia cayeron. Y algo más. Más significativo. Las escalas de protección de mí mismo. Un descarte involuntario de mis capas de certidumbre y risas. Sentía que gradualmente me desnudaba. Incluso en la bodega. Expuesto. La lluvia corría por las alcantarillas de mi mente con un pecio de símbolos muertos...

...Quizá cuando tengas mi edad, el párroco estaba diciendo, te darás cuenta de que sólo Dios puede estar en ti. Puedes estar con los hombres pero ellos nunca estarán en ti. Igual con las mujeres. Para los hombres y las mujeres tú siempre serás otro. Eso es por lo que puedes estar muy solo con la persona a la que más amas. Un deseo desesperado de ser absorbido. Imposible. Esa es la raíz de la herejía.